
Omraam Mikhaël Aïvanhov

**LA
CLAVE ESENCIAL**
para resolver los problemas de la existencia

4ª edición



Obras completas – Tomo 11

EDICIONES PROSVETA

Capítulo I

La personalidad, manifestación inferior de la individualidad*

Pregunta: «Maestro, usted nos dijo un día que la personalidad no es de naturaleza divina. ¿Cómo se explica esto, puesto que nada existe fuera de Dios?»

Me planteáis aquí una cuestión muy importante pero muy difícil de abordar. En realidad, se puede tomar la palabra «divino» en dos sentidos diferentes. Cuando digo que la personalidad no es de naturaleza divina, quiero decir que no posee las cualidades de la Divinidad: la luz, la estabilidad, la eternidad. En este sentido es la individualidad la que es de naturaleza divina, pero la personalidad y la individualidad son una sola y misma realidad.

Mirad lo que dicen los Libros sagrados acerca del bien y el mal. En ciertos libros antiguos de la India, por ejemplo, se encuentran pasajes tales que (es la Divinidad misma quien habla): «Yo soy el bien y el mal. Yo he hecho todas las cosas...» Así pues las guerras, las devastaciones, todo lo que es

* Para el lector, poco familiarizado con la forma en que el Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov utiliza los dos términos: «personalidad» e «individualidad», indicamos brevemente que la personalidad representa la naturaleza inferior del hombre y la individualidad su naturaleza superior. Los capítulos siguientes le suministrarán todas las aclaraciones necesarias. (Nota del editor).

malo para nosotros, el autor es la Divinidad. Nos extraña leer semejantes cosas, pero es así: puesto que no existe nada fuera de Dios, incluso el mal o lo que nosotros sentimos como mal, forma parte de Dios. Y al mismo tiempo, en otros pasajes, Dios declara: «No puedo tolerar el mal, soy irreductible, castigo a los malvados...» Para comprender esta contradicción hace falta una gran luz. ¿Cómo puede Dios al mismo tiempo crear el mal y luchar contra él para vencerlo y aniquilarlo?

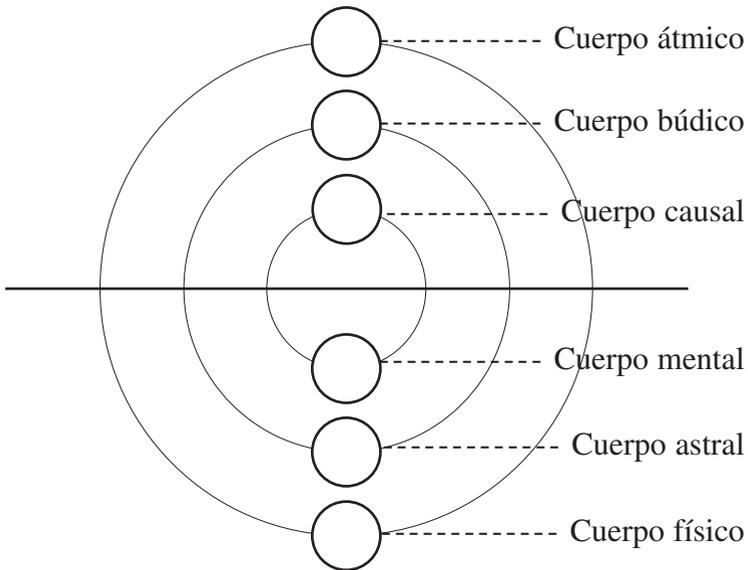
Os lo dije un día: es posible que Dios quisiera crearse un espectáculo. Se aburría y quiso distraerse, por eso creó a los hombres... Y ahora los mira, ¡y se ríe!... Se ríe al ver todo lo que sucede entre ellos. Pero en realidad no hay más que Él, todo es siempre Él.

Estudiemus ahora cómo se ha formado nuestra naturaleza inferior, la personalidad. El origen de la personalidad es el espíritu: es el espíritu quién lo ha emanado, segregado. En el origen está el espíritu y cuando el espíritu quiso manifestarse tuvo que fabricar vehículos adaptados a las regiones cada vez más densas de la materia en las cuales iba a descender. A estos vehículos se les llama cuerpos. Son, del más sutil al más denso, los cuerpos átomico, búdico, causal, que corresponden a nuestra naturaleza superior, la individualidad; después los cuerpos mental, astral y físico que corresponden a nuestra naturaleza inferior, la personalidad. Los cuerpos físico, astral (o cuerpo del sentimiento) y mental (o cuerpo del pensamiento) reproducen a un nivel inferior los cuerpos átomico, búdico y causal.

Diréis: «Pero, ¿cómo es posible que la personalidad, si es un reflejo de la individualidad, sea tan limitada, débil, ciega y esté sujeta a errores?» Os responderé: cada uno de nosotros posee esta individualidad que es de esencia divina; vive en las regiones celestiales y goza allí de la mayor libertad y de la mayor luz; tiene la felicidad, la paz y posee todos los poderes.

Sin embargo, en las regiones más densas de la materia, sólo puede expresarse en tanto se lo permitan los tres cuerpos inferiores (la personalidad). Por lo tanto, una persona que aquí abajo es débil, ignorante, malvada, es al mismo tiempo, arriba, una entidad que posee el conocimiento, el amor, el poder. He aquí porqué, en el mismo ser encontramos abajo esta limitación y arriba esta riqueza y esta omnipotencia.

NATURALEZA SUPERIOR



NATURALEZA INFERIOR

La Ciencia esotérica nos explica que el hombre es un ser de una gran riqueza y complejidad, y sobre todo que hay en él mucho más de lo que vemos. Y ésta es la gran diferencia entre la ciencia esotérica y la ciencia oficial. La ciencia oficial dice: «Conocemos bien al hombre, se puede dividir en tantas partes,

tiene tales órganos, células, sustancias químicas que podemos enumerar y a las que hemos dado nombres. Éste es el hombre, ahí está todo entero.» Mientras que la ciencia esotérica, por su parte, afirma la existencia de otros cuerpos además del cuerpo físico.

Por el momento pues, cuando la individualidad quiere manifestarse a través las regiones densas y condensadas de la personalidad, no puede hacerlo plenamente. Hace falta mucho tiempo, muchas experiencias, muchos ejercicios y estudios, durante siglos y milenios, para que los cuerpos que constituyen la personalidad sean la expresión de las cualidades y de las virtudes de la individualidad. Pero el día en que estén desarrollados, el cuerpo mental se volverá tan sutil y afinado que comenzará al fin a comprender la sabiduría divina, el cuerpo astral será capaz de alimentar los sentimientos más nobles y más desinteresados, y el cuerpo físico tendrá todas las posibilidades de actuar, nada se le resistirá.

Como no hay una verdadera separación entre las dos naturalezas, la individualidad trata siempre de influenciar a la personalidad en el buen sentido, pero la personalidad, que quiere ser independiente y libre, no hace más que lo que se le antoja, raramente obedece a los impulsos de arriba. A pesar de que es animada, vivificada, alimentada y sostenida por la individualidad, se opone a ella, hasta el día en que, al fin, la individualidad consiga infiltrarse en la personalidad para controlarla y dominarla. Entonces la personalidad se volverá tan sumisa y obediente que será sólo una con la individualidad; ésta es la verdadera fusión, el verdadero matrimonio, el verdadero amor.¹ Esto es precisamente lo que se llama, en la Ciencia esotérica, llegar a «unir los dos cabos». Uno de estos cabos es la personalidad, que es triple, como Cerbero, el can con tres cabezas que guardaba la entrada de los Infiernos; y el otro cabo es nuestra individualidad (que es también una trinidad), nuestra naturaleza divina. Esta fusión, esta unión, este matri-

monio tan deseable debe producirse un día... pero, ¿cuándo? Es difícil saberlo. Para cada persona será diferente. Y mientras, el trabajo del discípulo está ahí; en medio de las peripecias, de las tribulaciones de la vida, debe llegar a someter la personalidad a la individualidad, a esta voluntad divina que está dentro de él, para convertirla finalmente en un instrumento dócil a su disposición. Este es el objetivo de todos los ejercicios y las prácticas que se enseñaban en las Escuelas iniciáticas.

La mayoría de la gente obedece a la personalidad caprichosa, desordenada, rebelde y anárquica, persuadidos de que ésta es la mejor actitud, el verdadero progreso y la verdadera evolución. Algunos más inteligentes, más avanzados y evolucionados, que han hecho ya muchas experiencias en otras encarnaciones, escogen el otro camino, el del control, el del autodomínio. Gracias a la inteligencia, a la voluntad, a la conciencia que dirige, coordina y lo controla todo en su vida... gracias a la luz, si lo preferís, llegan a dominar todo lo que dentro de sí tienen de recalcitrante y de anárquico... En este momento, la Divinidad que habita en ellos empieza a manifestarse y expresarse a través de medios aún insospechados: colores, formas, rayos, perfumes, una música, una inteligencia y una belleza verdaderamente celestiales.

Todo el problema reside en que, incluso cuando se sabe muy bien en qué consiste la evolución, la liberación y el autodomínio, de vez en cuando la personalidad nos arrastra. ¿Por qué? Porque el grado de conciencia que hemos alcanzado por el momento es precisamente una formación de la personalidad. No poseemos aún la supraconciencia, que es el grado de conciencia propio de la individualidad. Si tuviéramos esta conciencia expandida que caracteriza a la individualidad, habríamos sentido que la vida es una, que estamos todos ligados, que todos los seres representan una unidad en el océano de la vida universal en el que nadan todas las criaturas,

y tendríamos sensaciones diferentes de las que experimentamos normalmente, sensaciones de alegría, de embelesamiento, de inmensidad... Pero como nuestra conciencia es un producto de nuestra personalidad, y hunde sus raíces en los tres cuerpos de la personalidad, está limitada; tenemos conciencia de nosotros mismos en tanto que tenemos pensamientos, emociones y actividades. Pero esta conciencia es una conciencia limitada, es una conciencia separativa: nos sentimos siempre excluidos de todo, separados de los demás hombres y de la naturaleza.

La razón de ser de la oración, de la meditación y de todas las prácticas enseñadas en una Escuela iniciática, es establecer contactos y comunicaciones entre la naturaleza inferior y la naturaleza superior del hombre para que al fin su conciencia se eleve, se ensanche y pueda percibir la verdadera realidad.² Supongamos por ejemplo que miráis un prisma con la conciencia de la personalidad: está ahí, es un objeto bien delimitado, un cristal con tres caras, transparente; la luz que lo atraviesa se descompone en siete colores. Es muy bonito, es magnífico, pero os quedáis al nivel de la conciencia ordinaria. Todo el mundo sabe observar de esta manera. Pero cuando empezáis a desarrollar la conciencia de la individualidad, ya no miráis el prisma como un objeto de cristal separado de vosotros; os situáis en este prisma, penetráis su esencia, sentís y comprendéis su naturaleza desde el interior.³ En este momento las nociones y las percepciones que podéis tener de él son completamente diferentes. Si miráis una planta, entráis en ella, os fusionáis con la vida que en ella fluye, como si vosotros mismos fueseis esta planta. De esta manera conocéis sus propiedades, sus virtudes medicinales y todas sus posibles aplicaciones. O incluso en caso de un animal: penetráis en él de forma que os convertís en el propio animal, sin perder evidentemente vuestra conciencia de hombre, sentís todo lo que siente el animal.

No es la educación ni la instrucción que se da actualmente a la gente, la que puede darles a conocer todos los aspectos de la verdadera vida; sus percepciones se limitan a las formas, a las dimensiones, a los pesos, a las distancias y a los tiempos. Todo esto es todavía muy limitado. Deben aprender a ensanchar su conciencia, a entrar en la conciencia de la individualidad. Allí no hay tiempo ni espacio: todas las criaturas, todos los seres alejados de vosotros por millones de kilómetros, ¡los sentiréis vivir en vosotros!... No hay ni pasado ni futuro: todo lo que está en el pasado, todo lo que está en el futuro, está ahora en vuestra alma.⁴ Es el eterno presente: todo lo que deseáis conocer, todos los sucesos y los seres pasados o futuros, podéis conocerlos instantáneamente.

Si los humanos encuentran tantos problemas en su existencia, es porque viven exclusivamente en su personalidad. Sólo unos pocos hacen esfuerzos para ver más alto, más lejos y más allá, a través de los ojos del espíritu, a través de la parte divina que en ellos vive, y los resultados son diferentes, tienen otras sensaciones, otras concepciones... Resulta difícil expresar estas nociones. Está claro en mi cabeza, pero no llego a encontrar las palabras precisas porque se trata de realidades de una cuarta, de una quinta dimensión, y al igual que nos sería difícil explicar la tercera dimensión a criaturas que viviesen en dos dimensiones, yo no puedo daros una idea de la cuarta dimensión... ¡Es inexplicable!

Cuando se dice que la personalidad no es de origen divino, es una manera de hablar. En realidad todo tiene su origen en Dios. Suponed que buscáis oro, tenéis el mineral y debéis extraer el oro. Aunque diferentes, el oro y el mineral con su ganga, tienen evidentemente el mismo origen, ya que toda la materia tiene el mismo origen. Y quizás, si sabéis cómo hacerlo, podréis no sólo extraer oro del mineral, sino también transformar este mineral en oro... ¿Por qué no? Si sabéis como

hacerlo... E inversamente el oro puede convertirse también en una materia vil. Todos estos cambios los vemos en la naturaleza. Si fundís plomo se vuelve brillante como la plata, pero rápidamente comprobáis que se va formando encima una película grisácea; frotadla y de nuevo aparece el metal brillante como la plata, luego otra vez se empaña. Y así es como en muy poco tiempo el plomo se transforma en tierra ante vuestros ojos.

En realidad todo viene de Dios y la personalidad también: «Pero, diréis, ¿cómo Dios, siendo de una naturaleza tan diferente de la materia, pudo formar una cosa tan opaca, tan apagada y pesada?» Puedo explicároslo con un ejemplo muy sencillo. Dios hizo lo mismo que la araña cuando teje su tela. La araña nos muestra cómo Dios creó el mundo. Diréis: «¿Una araña? ¿Acaso es tan sabia?» No sé qué diplomas ha podido obtener, pero si la observáis, si comprendéis bien lo que hace, sacaréis conclusiones filosóficas formidables. Ahí la tenéis tejiendo su tela: es el universo. Es una construcción geométrica, matemática, impecable. ¿Cómo lo hace? Primero segrega un líquido, que al endurecerse, forma un hilo muy fino, flexible, elástico, y entonces empieza a construir su tela.

Y los caracoles también me han instruido. Encontré un día a un caracol a quién le planteé la siguiente pregunta: «Escúchame, querido caracol, hay quienes te cogen para comerte, pero yo vengo a ti para instruirme. Cuéntame, ¿por qué llevas tu casa a cuestas? – Porque es más económico. – Y ¿no te fatigas así? – No, estoy acostumbrado. – Y, ¿por qué te has acostumbrado así? – ¡Oh! Desconfío, tengo miedo de los demás, no confío en nadie; si dejo mi casa por ahí, otro se meterá dentro y como no puedo pelear, pues no tengo armas, soy tierno y delicado y no me gusta luchar contra nadie, prefiero llevar mi casa continuamente a cuestas: así estoy tranquilo. – ¡Vaya, vaya!, le dije, ¡esto es toda una filosofía!...

Pero dime, ¿cómo has construido tu casa? – Con mi saliva; segrego un líquido y esta secreción se endurece con el aire... Así he construido mi casita.»

Ved qué conversaciones mantengo con los caracoles. Y a su lado he comprendido cómo Dios creó el mundo, emanando una materia sutil que después se solidificó. Diréis: «¡Pero si son cuentos chinos!» Puede ser, pero un buen día los hombres más instruidos no descansarán hasta conocerlos. Aparentemente, el animal y su caparazón son dos cosas diferentes, pero en realidad, son una misma y sola materia, porque es por secreción que el animal ha formado él mismo su casa... Os extrañaréis si os digo que lo mismo ocurre con la individualidad y la personalidad: la personalidad es opaca, pesada, rígida como un caparazón, mientras que la individualidad es ligera, movediza, viva. Son diferentes y sin embargo tienen el mismo origen. El ego, la individualidad, se ha formado un vehículo, la personalidad, como el caracol ha fabricado su caparazón emanando una sustancia, que después ha condensado. Nosotros también, llevamos nuestro cuerpo físico como el caracol lleva su caparazón: es nuestra casa, nos alojamos en ella. Pero lo grave es que se ha enseñado al hombre a identificarse con su caparazón y no con el poderoso factor de su formación: el espíritu, la individualidad. Por ello es débil, limitado, impotente, se halla sumergido en el error. El cuerpo no es el hombre, tan sólo es su coche, su caballo, su instrumento, su casa: el hombre es el espíritu, el espíritu todo poderoso, ilimitado, omnisciente.⁵ Y es cuando se identifica con su espíritu que el hombre se vuelve fuerte, iluminado, inmortal, divino.

Sabed pues que, todos vosotros, sois divinidades... Sí, sois divinidades, y vivís en una región muy elevada en donde no hay ni limitaciones, ni oscuridad, ni sufrimientos, ni tristezas, ni desánimo. Allí estáis en la plenitud. Pero esta vida que vivís arriba, no podéis todavía hacerla descender hasta aquí, sentir-

la, comprenderla ni manifestarla, porque la personalidad no os lo permite. Es obtusa, opaca, está mal adaptada o mal regulada, como una radio que no llega a captar ciertas emisoras. Las ondas que la Inteligencia cósmica de arriba propaga por las regiones sublimes son tan rápidas, tan cortas, y la materia que forma la personalidad es tan densa y tan pesada que ésta no puede vibrar acorde con los mensajes divinos: se deslizan, pasan sin dejar rastro y el hombre ignora lo que está viviendo en realidad en las regiones más elevadas de su ser.

Existen evidentemente medios para remediar esta situación: si decidís aplicar reglas de vida pura, si tenéis el deseo de volver a ser hijos de Dios, vuestro corazón se muestra más generoso, vuestro intelecto se ilumina, vuestra voluntad se reafirma. La personalidad se convierte así en un instrumento apto para expresar cada vez mejor la vida sublime de la individualidad, hasta que un día ambas se fusionen y hagan una: no habrá ya personalidad, la personalidad y la individualidad serán una única entidad perfecta.

Mientras, de vez en cuando tenéis algunas revelaciones, algunas intuiciones, como un relámpago que brilla y nos deslumbra. Pero no dura mucho tiempo, de nuevo vuelven las nubes. Algún tiempo después, leyendo un libro, mirando un paisaje, rezando, meditando, de nuevo sentís que estáis viviendo un gran momento. Pero este momento tampoco dura... Esto es la vida del hombre: una incesante alternativa de luz y de tinieblas hasta el día en que, al fin, será la expresión de la Divinidad, será la nueva vida, el renacimiento completo.

Algunos dirán: «Pero esto es idiota, nada rima con nada, no es verdad, no lo creo», y seguirán viviendo la vida de la personalidad. Pues bien, que hagan lo que quieran. Un día verán donde está la verdad, pero ¡cuánto tiempo perdido! Es preferible creer de inmediato... Sí, creer, ejercitarse, caminar hacia adelante. Ello no quiere decir que de repente nos convirtamos en una divinidad, no... Caeremos, nos levantaremos...

Volveremos a caer, nos pondremos de nuevo en pie, nos desanimaremos, de nuevo recobramos el ánimo... hasta que al fin la conciencia divina, impersonal, la conciencia de la individualidad se instale, se asiente y adquiera consistencia.

A veces uno está muy cansado y empieza a dudar. Tantas filosofías extravagantes circulan por el mundo, tantas ideas contrarias a todo lo que esta tradición divina nos aporta, que la vamos dejando de lado y nos olvidamos de todo, volviendo a la mentalidad ordinaria. Es precisamente en este momento que hay que estar atento. Hay que saber lo que nos espera si volvemos atrás y decirse: «En este momento estoy un poco cansado, no tengo ganas ni de leer, ni de rezar, ni de meditar, ni de nada... Pero esto pasará, pronto pasará.» Mirad como en la vida todo pasa: después de la primavera viene el verano, más tarde el otoño, y luego el invierno, y de nuevo, después de un invierno, vuelve la primavera. ¿Por qué no os va a suceder lo mismo a vosotros? Decid: «Voy a esperar que pase un poco el invierno y después las cosas irán mejor.» Así es como hay que razonar. En tales momentos muchos se abandonan y lo dejan todo, pero después, su situación es mucho más grave, ya que resulta muy difícil volver a encontrar nuevamente aquellos estados de conciencia llenos de luz y de paz.⁶

Hay que aprender a manejarse con la personalidad y continuar el trabajo con ella; no hay otro remedio, pero nunca hemos de olvidar que no lo es todo y que no tendrá la última palabra. Continúa andando hacia el alto ideal, y al cabo de algún tiempo veréis que las cosas cambian por sí mismas, las fuerzas se renuevan, os reponéis y los malos días se olvidan: los ríos vuelven a fluir, los pájaros cantan, las flores perfuman la atmósfera, todo vuelve a ser maravilloso...

Si aplicáis lo que os digo, aunque estéis cansados, agotados y desanimados, se desprenderá de vosotros algunas partículas, un rayo, una luz, algo dulce, armonioso. Si no,

aunque os encontréis llenos de vigor, lozanos, si permanecéis constantemente en la personalidad, dentro de vosotros todo estará ya polvoriento y enmohecido.

Videlinata (Suiza), 23 de febrero de 1966

Notas

1. *Lenguaje simbólico, lenguaje de la naturaleza*, Obras completas, t. 8, cáp. VIII: «El verdadero matrimonio».
2. *La oración*, Folleto nº 305, y *La meditación*, Folleto nº 302.
3. *Los esplendores de Tipheret*, Obras completas, t. 10, cáp. XII: «El prisma, imagen del hombre».
4. *Lenguaje simbólico, lenguaje de la naturaleza*, Obras completas, t. 8, cáp. IV: «El tiempo y la eternidad».
5. «*Conócete a ti mismo*». *Jnani yoga*, Obras completas, t. 17, cáp. III: «El espíritu y la materia», parte II.
6. *El amor más grande que la fe*, Col. Izvor nº 239, cáp. II: «La duda destructora: unificación y bifurcación».